

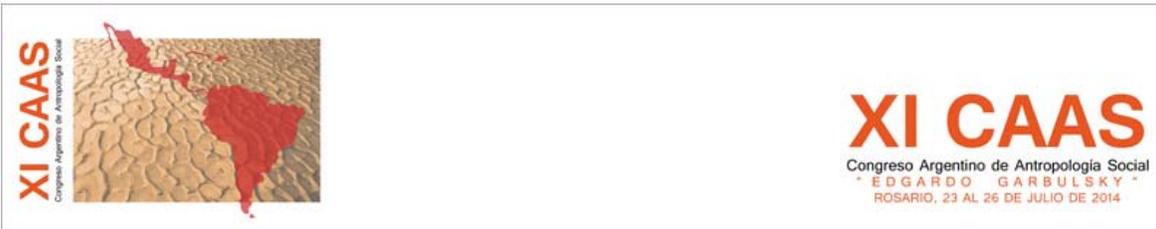
Guerra en el valle del Nilo predinástico: reflexiones a partir de la obra de Pierre Clastres.

Gayubas, Augusto y Campagno, Marcelo.

Cita:

Gayubas, Augusto y Campagno, Marcelo (2014). *Guerra en el valle del Nilo predinástico: reflexiones a partir de la obra de Pierre Clastres*. XI Congreso Argentino de Antropología Social, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-081/1082>



XI Congreso Argentino de Antropología Social

Rosario, 23 al 26 de Julio de 2014

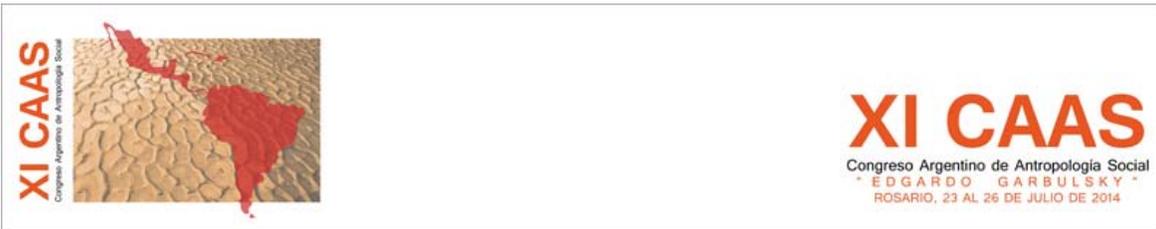
GRUPO DE TRABAJO: Antropología, ciencias sociales y guerra

TÍTULO DE TRABAJO: Guerra en el valle del Nilo predinástico: reflexiones a partir de la obra de Pierre Clastres

1

Marcelo Campagno. CONICET-UBA.

Augusto Gayubas. CONICET-UBA.

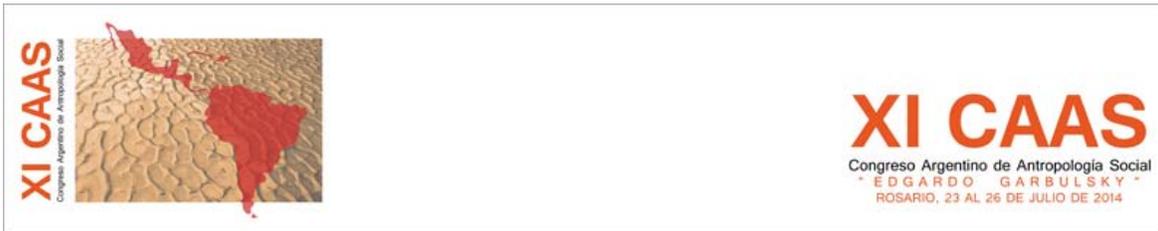


Desde tiempos remotos, el problema de la guerra ha constituido un tópico discutido desde las más variadas perspectivas. En la actualidad, su abordaje ocupa tanto a historiadores como a filósofos, antropólogos, sociólogos, arqueólogos, especialistas en relaciones internacionales. Semejante interés por la guerra radica, indudablemente, en la potencia de sus efectos y en el dramatismo de sus actos, pero también en su complejidad, toda vez que la guerra puede contribuir tanto a conservar como a transformar o a destruir, y puede estar vinculada tanto a dinámicas sociopolíticas de sesgo estatal (en contextos antiguos o modernos) como no estatal (testimoniadas en los registros etnográfico, etnohistórico o arqueológico). Los estudios del antropólogo Pierre Clastres han apuntado centralmente al último de dichos escenarios, es decir, a la guerra en sociedades no estatales (o, en la terminología del autor, sociedades “contra el Estado”)¹.

2

El aspecto más original del pensamiento de Clastres consiste quizás en su radical oposición a las aproximaciones evolucionistas y etnocéntricas que tradicionalmente han presentado a las sociedades “primitivas” como incompletas: *sin* Estado, *sin* política, pero también “por debajo del horizonte militar”. A partir del análisis de testimonios etnográficos y etnohistóricos preexistentes, así como de su propio trabajo de campo entre comunidades no estatales de Amazonia y del Gran Chaco, Clastres argumentó que las sociedades “primitivas” no sólo no carecen de prácticas políticas, sino que en ellas el poder político, al no estar monopolizado por un órgano separado, habita en la totalidad del cuerpo social. De este modo, la sociedad “primitiva” no es tanto una sociedad “sin Estado” sino “contra el Estado”, en el sentido de que la propia lógica de este tipo de organizaciones sociales impide en ellas la emergencia de un polo de concentración del poder político. De acuerdo con Clastres (1978 [1974], 179), “las sociedades primitivas son sociedades sin Estado porque el Estado es *imposible* allí”, porque la propia especificidad política de las sociedades no estatales, constituida

¹ El presente trabajo incorpora algunas ideas expresadas previamente en Campagno (2002; 2011; 2014); Gayubas (2006; 2014).



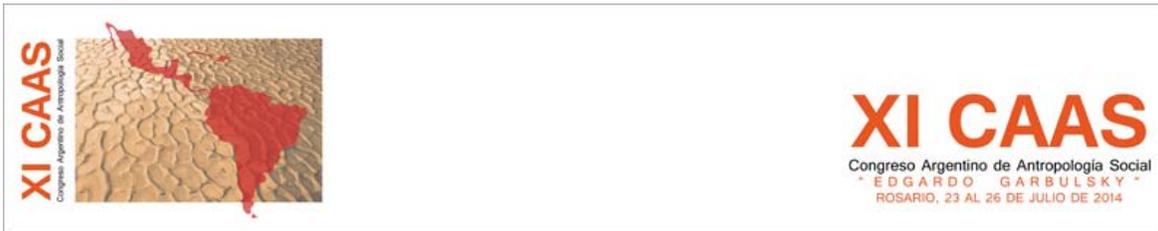
por comunidades autónomas e indivisas, impide que el poder político se escinda del cuerpo social.

En sus últimos trabajos, Clastres había vinculado ese tipo de situaciones al papel de la guerra en tanto práctica con decisivas consecuencias políticas: al mantener a las comunidades en la dispersión y evitar así la centralización que se podría derivar de la concentración (lógica centrífuga) y al materializar el contraste con el “otro” o enemigo (lógica de la diferencia), la guerra contribuiría al sostenimiento del carácter autónomo e indiviso de las comunidades no estatales, a su autoafirmación como un *Nosotros*. “Para cada grupo local –escribía el antropólogo– todos los Otros son Extranjeros: la figura del Extranjero confirma, para cualquier grupo dado, la convicción acerca de su identidad como un *Nosotros* autónomo” (Clastres, 1981 [1980], 211). Por lo tanto, de acuerdo con Clastres (1981 [1980], 217), la guerra en sociedades no estatales “*está contra el Estado*”.

Esta imposibilidad del Estado, enunciada por Clastres en términos de una tendencia de la sociedad no estatal a “perseverar en su ser indiviso” (poniendo en juego, en su lectura, mecanismos de conjuración del poder político coercitivo), parece poder percibirse con más nitidez si se la deduce de la lógica de articulación social que se presenta como dominante en contextos no estatales, esto es, el parentesco, en la medida en que éste, por su propia dinámica, no produce las condiciones para la emergencia de lo estatal². En efecto, en la medida en que en tales sociedades el parentesco opera como el dispositivo que produce y reproduce el lazo social, las prácticas sociales se expresan y articulan en función de su compatibilidad con los principios en los que aquél se basa. Así, por ejemplo, la existencia de liderazgos no se halla impedida en donde el parentesco es la lógica de articulación social

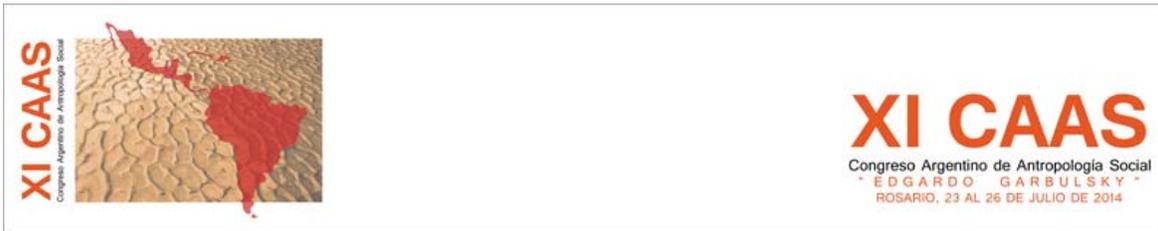
3

² Si bien Clastres no se pronunció explícitamente en este sentido, hay motivos para suponer que no estaría del todo en desacuerdo: “en la sociedad primitiva, el individuo se define en primera instancia por su pertenencia a un grupo de parentesco y a una comunidad local” (1981 [1980], 100). Y también: “*la función de nominación* inscrita en el parentesco determina todo el ser socio-político de la sociedad primitiva” (1981 [1980], 175). Sobre el papel del parentesco en las sociedades no estatales, cf. Campagno (2002, 69-77, con bibliografía).



dominante, pero tales liderazgos han de ser compatibles con los principios de reciprocidad sobre los que se sostiene el parentesco: de hecho, siguiendo las reflexiones de Clastres (1981 [1980], 145-149) y de Marshall Sahlins (1983 [1974], 149-151), es posible notar que la condición diferencial de los jefes no estatales en sus sociedades no se basa en el poder (atributo de estatalidad) sino en el prestigio, pues la lógica del parentesco establece un límite que impide el monopolio de la coerción y, por tanto, excluye la posibilidad de que se estructure una diferenciación sociopolítica fuerte en el interior de las sociedades no estatales. Así, dado que las normas reciprocitarias de base parental no son compatibles con las relaciones de dominación sostenidas por la vía coercitiva, la dominancia del parentesco impide la aparición de la lógica estatal.

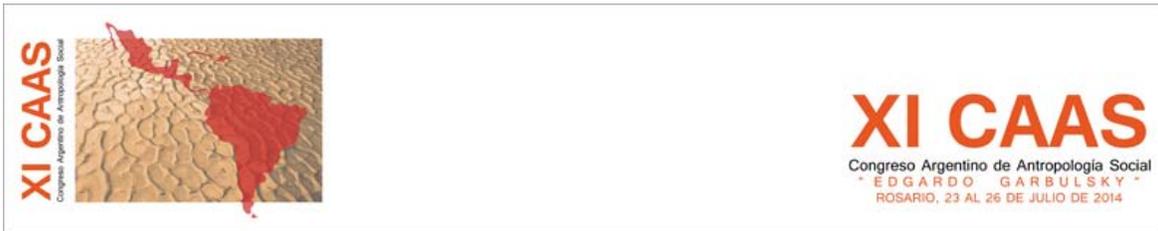
La centralidad que ocupa el parentesco en este tipo de sociedades puede asociarse a la proposición mediante la cual Clastres concede a la guerra un papel de importancia en el sostenimiento de la autonomía e indivisión de las comunidades no estatales: en la medida en que el parentesco no extiende su red de relaciones positivas más allá del ámbito comunal, de modo que la relación típica de una comunidad con el exterior es, en los términos del parentesco, una no-relación, una relación sostenida en la desconfianza frente al *otro*, la guerra puede ser vista como una práctica que materializa y actualiza ese contraste con los no parientes. En efecto, es a tal relación de desconfianza a la que parece apuntar Clastres cuando caracteriza los vínculos entre las comunidades no estatales como un “estado de guerra permanente”, donde lo permanente “no es la realidad puntual del conflicto armado” sino su “posibilidad”: “con los extranjeros sólo se mantienen relaciones de hostilidad, se realicen o no en una guerra real” (Clastres, 1981 [1980], 211). De este modo, los episodios de violencia bélica, a menudo bajo la forma de ataques e inmediatas retiradas, se dan a intervalos más o menos regulares y no resultan en cambios significativos en el *statu quo*. Lo decisivo en este punto es que el estado de hostilidad mantiene a todas las comunidades en su respectiva diferencia, y la guerra, como expresión extrema de



este antagonismo que está implícito en la identificación de parentesco, contribuye a la reproducción del Nosotros autónomo e indiviso.

Ahora bien, si a partir de esta propuesta de Clastres, la guerra puede ser entendida como una práctica que garantiza el orden social comunal, existen otras reflexiones del antropólogo en las que la guerra aparece también insinuada como variable de cambio. Esta cuestión es presentada por Clastres (1981 [1980], 240) como una “paradoja”: “por un lado, la guerra permite que la comunidad primitiva persevere en su ser indiviso; por otra parte, se revela como el posible fundamento de la división entre Señores y Súbditos. La sociedad primitiva como tal obedece a una lógica de la indivisión que la guerra tiende a sustituir por la lógica de la división”. Esta advertencia se debe a la observación de la existencia de fuertes liderazgos guerreros en diversos contextos etnográficos y etnohistóricos y de lo que el antropólogo denominó “sociedades con guerreros”: si en las “sociedades primitivas”, dirá Clastres (1981 [1980], 221-222), “todos los hombres son guerreros potenciales porque el estado de guerra es permanente, y son guerreros efectivos cuando estalla, de tiempo en tiempo, el conflicto armado”, en las “sociedades con guerreros” sólo “*una minoría de hombres hacen constantemente la guerra*”, constituyéndose en una “minoría especializada” dedicada casi exclusivamente a la guerra (cf. Sztutman, 2009, 148-157; González García, 2014, 167).

Es cierto que Clastres sostenía que la capacidad diferencial de esa minoría guerrera difícilmente podría devenir en “autoridad política”, dado que, por un lado, un jefe guerrero que actuara en contra del interés de la comunidad sería desobedecido o abandonado, y por el otro, la propia dinámica vital del guerrero que busca permanentemente agrandar su prestigio mediante hazañas militares cada vez más riesgosas lo conduciría inevitablemente a la muerte (lo que el autor llamaba “la desgracia del guerrero salvaje”). En efecto, en condiciones regulares, la lógica de la sociedad no estatal no habilitaría una escisión social tal y el poder político seguiría generalizado en la totalidad del cuerpo social. Sin embargo, el propio Clastres advertía que esa minoría militarizada constituía un “peligro permanente” para el

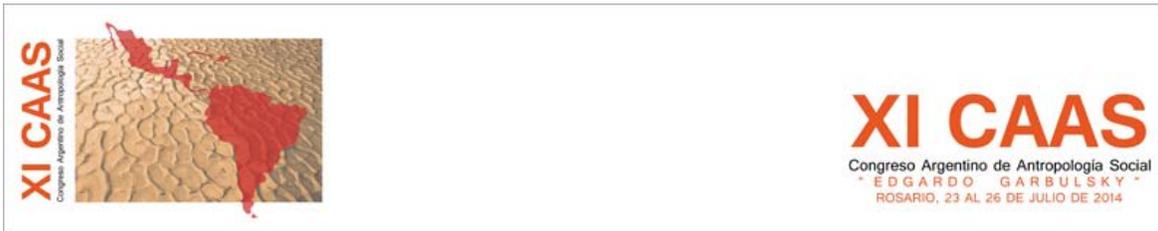


fundamento indiviso de la sociedad no estatal porque detentaría un “casi-monopolio de la capacidad militar de la sociedad, de alguna manera el monopolio de la violencia organizada” (Clastres, 1981 [1980], 237). De hecho, en su último curso, se había abocado a investigar “los efectos sociológicos que resultan de la aceleración de la máquina guerrera, en ciertas circunstancias, en una sociedad primitiva”, lo que podría definir “el umbral de la división social, del establecimiento de la jerarquía política y, en el horizonte, de la aparición del Estado como órgano separado del poder político” (Clastres, 1976, 54)³.

Pero más allá del efecto interno que pudiera tener la guerra como práctica disruptiva de la lógica comunal, merece ser destacado el modo en que aquella puede conectar espacios sociales previamente disyuntos. Si las guerras de ataque y retirada, que son características de las sociedades no estatales, contribuyen al sostenimiento del *statu quo*, otro tipo de guerras, que pueden emerger en condiciones específicas, pueden generar efectos diversos. Las “guerras de conquista” involucran la decisión de los vencedores de apropiarse del territorio y de los recursos de los vencidos. Ello apunta a la constitución de un lazo permanente entre sociedades antes desvinculadas entre sí que se expresa en términos de dominación. Y dado que los vencidos estarían en posición de no parientes respecto de los vencedores, tal relación podría sustraerse de la lógica del parentesco vigente dentro de cada comunidad y sentar las bases para la institución de otra lógica social, no basada en los principios de la reciprocidad parental sino en aquellos de la coerción estatal.

Estas consideraciones permiten proponer que la guerra debe ser pensada situacionalmente: dependiendo de las circunstancias, la guerra puede estar vinculada con el sostenimiento de una dinámica social o involucrada en un proceso de transformación social. Esto no supone una contradicción sino, en todo caso, una tensión que parece ser condición efectiva de la guerra: en la dinámica de las “sociedades primitivas”, la guerra contribuye al sostenimiento de la autonomía e

³ Sobre esta cuestión, cf. las reflexiones de Ch. Ferrié (2011, 329-333) y de F. J. González García (2014, 171-177).



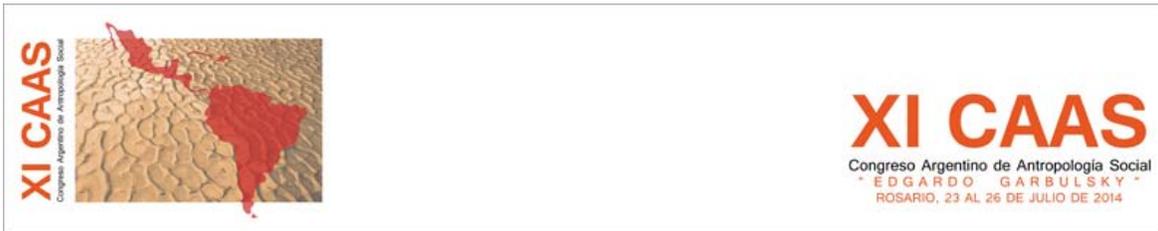
indivisión de la comunidad de parientes; en el marco del proceso de cambio que conduce de una configuración no estatal a otra estatal, la guerra puede promover o acompañar la emergencia de lazos de dominación política; y en las sociedades estatales, la guerra aparece como una práctica que se asocia exclusivamente al dispositivo estatal, de modo que mientras que su despliegue implica el impacto de lo estatal “hacia afuera”, su apropiación por parte de tal dispositivo consolida la dominación estatal “hacia adentro”. Nuestra intención a lo largo de las páginas que siguen es la de evaluar estos enunciados en relación con la evidencia disponible en una misma región –el valle del Nilo– a lo largo de una extensa secuencia temporal, que abarca el período Paleolítico tardío (c. 20.000-5500 a.C.), el Neolítico (c. 5500-3900 a.C.), el Predinástico (c. 4500-3000 a.C.) y el Dinástico Temprano (c. 3000-2700 a.C.), considerando que estos escenarios ofrecen un contexto privilegiado para pensar el problema cambiante de la guerra y su relación con lo político desde una perspectiva histórica de larga duración.

7

II

Si bien la evidencia de población humana en el valle del Nilo se remonta al Paleolítico temprano (Hendrickx y Veermersch, 2000, 17-20), es a partir de los últimos milenios del período Paleolítico cuando los testimonios de diversas actividades socioeconómicas y principalmente funerarias se hacen algo más visibles, permitiendo inferir la existencia de grupos cazadores-recolectores que, a partir del VI milenio a.C., incorporan la ganadería y una agricultura incipiente, para iniciar luego un proceso de cierta sedentarización, que se advierte tanto en los restos de estructuras residenciales como en la constitución de cementerios aledaños⁴. Algunos indicios procedentes de estos últimos (relacionados con ciertos subagrupamientos de tumbas, con analogías entre las tumbas y las viviendas, así como con la colocación de ajueres funerarios) permiten, además, sospechar la importancia del parentesco como lógica

⁴ Acerca de los modos de organización de las sociedades nilóticas desde el Paleolítico final hasta comienzos del Predinástico, cf. Hendrickx y Veermersch (2000, 25 y ss.); Hendrickx *et al.* (2010).



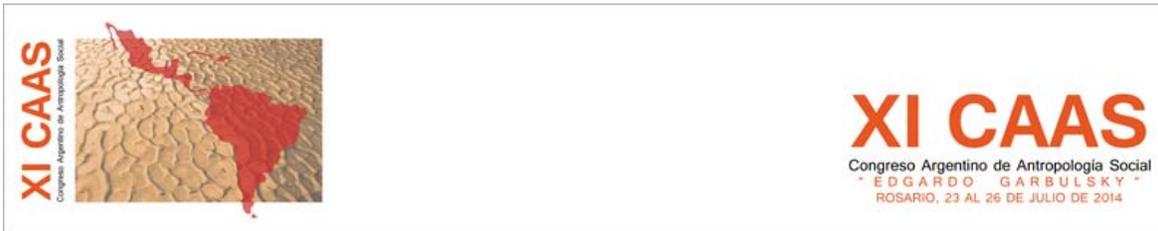
social dominante⁵. A partir de los inicios del IV milenio a.C., la disparidad de los ajuares funerarios, sumada a la presencia de cetros o mazas de empleo no utilitario y de cierta iconografía que destaca algunos personajes por sus atuendos o sus gestos, sugiere la existencia de ciertas formas de diferenciación social y de liderazgo compatibles con los modelos acerca de “sociedades de jefatura”⁶. En este contexto, ¿qué puede decirse acerca de la guerra en este largo período temporal que incluye desde los grupos de cazadores-recolectores del período Paleolítico tardío hasta las comunidades aldeanas del período Neolítico y de comienzos del Predinástico?

Los arqueólogos suelen proponer una serie de indicadores para identificar patrones de guerra en el registro arqueológico (cf. Ferguson, 1997). En el valle del Nilo, la mayoría de dichos indicadores se encuentra presente a lo largo de los períodos considerados⁷. En primer lugar, se han hallado restos óseos con lesiones y puntas de proyectil incrustadas. El cementerio 117 de Jebel Sahaba, datado hacia 12.000-10.000 a.C. y asociado a la cultura paleolítica Qadan, contenía 59 cadáveres de los cuales el 40% tenía puntas de proyectiles de piedra, ya fuera incrustadas en los huesos o bien dispuestas junto a los cadáveres, lo cual, sumado a lesiones en cráneos y en antebrazos, es usualmente interpretado por los investigadores como un testimonio temprano de guerra (cf. Wendorf, 1968; Midant-Reynes, 1992, 68). De aún mayor anterioridad, el cadáver de un individuo adulto, de unos 20.000 años de antigüedad, hallado en Wadi Kubbaniya contaba con dos puntas de proyectil de piedra dispuestas en la zona del abdomen y una incrustada en el húmero izquierdo, lo que a menudo se considera como indicios de violencia con intención de asesinato y ha sido vinculado por algunos investigadores al tipo de conflicto que pudo haber provocado las muertes de Jebel Sahaba (cf. Wendorf y Schild, 1986; Midant-Reynes,

⁵ Sobre los indicios de la condición dominante del parentesco en el valle del Nilo pre-estatal, cf. Campagno (2006, 21-24, con bibliografía).

⁶ Acerca de los testimonios de diferenciación social y de liderazgo predinásticos, cf. Campagno (2002, 151-158, con bibliografía). Sobre el problema teórico de las sociedades de jefatura, cf. Campagno (2000).

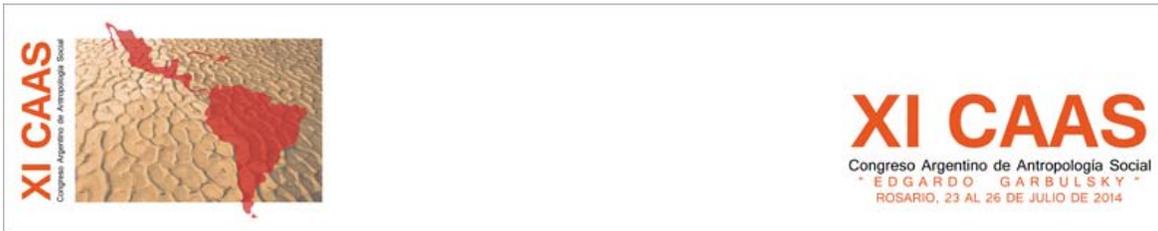
⁷ Para un tratamiento exhaustivo de la evidencia, cf. Gilbert (2004). Cf. también Gayubas (2014, 150-153, con bibliografía).



1992, 70). Para los períodos Neolítico y Predinástico también contamos con evidencia de restos humanos con lesiones: cráneos con heridas que pudieron ser provocadas por el impacto de ciertas armas de guerra (en concreto, mazas o hachas) en sitios como Merimda, Mostagedda, el-Omari y Hieracómpolis, y probables indicios de las llamadas “lesiones de defensa” (heridas en los antebrazos presumiblemente provocadas por un uso defensivo de las extremidades superiores) documentadas en una serie de tumbas en Mostagedda, Maadi y Adaiima (cf. Gilbert, 2004, 73-80).

En segundo lugar, se han identificado patrones defensivos de asentamiento e indicios del empleo de fortificaciones. Respecto de lo primero, se ha sugerido que ciertas áreas de residencia neolíticas situadas en el terreno ligeramente elevado a lo largo del borde del desierto, podrían haber tenido una finalidad defensiva, ya sea como refugios o como asentamientos más o menos permanentes que habrían significado un aprovechamiento de las condiciones naturalmente defensivas del terreno (Gilbert, 2004, 100-101). Respecto de las fortificaciones, contamos con dos testimonios significativos. El primero es un modelo en arcilla hallado en Abadiya y datado hacia la fase Nagada I (c. 3900-3600 a.C.) que representa a dos personajes (identificados por algunos autores como guerreros o centinelas) apostados detrás de una muralla por encima de la cual parecen estar observando o vigilando (Midant-Reynes, 1992, 192). El segundo –ya en el umbral de la época en la que tienen lugar las transformaciones que desembocan en la constitución de una sociedad estatal corresponde a los restos de un muro de adobe de dos metros de espesor documentados en Nagada, al norte del complejo residencial conocido como South Town, que podrían datarse hacia la fase Nagada II y cuyas dimensiones han conducido a algunos investigadores a identificarlo como los restos de una muralla defensiva (Trigger, 1985 [1983], 56; Campagno, 2002, 132, 164).

En tercer lugar, abundan los vestigios de armas de piedra y de sílex a lo largo de los períodos considerados. Las mazas, que aparecen hacia el período Neolítico, habrían tenido una función específicamente militar. En cuanto a las flechas, lanzas y hachas, presentes desde el período Paleolítico, pudieron servir además para otros fines, como



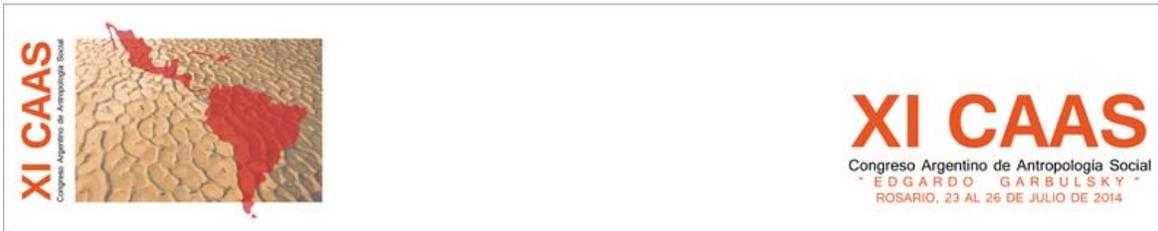
por ejemplo la caza; sin embargo, no deja de ser elocuente el hecho de que tales armas eran utilizadas por los ejércitos en tiempos faraónicos, además de que el testimonio del referido cementerio 117 de Jebel Sahaba con restos humanos con puntas de proyectil incrustadas sugiere un uso temprano de las flechas o dardos con un objetivo militar (cf. Shaw, 1991, 31; Campagno, 2002, 164; Gilbert, 2004, 33-72).

Por último, contamos con una serie de motivos iconográficos pintados en vasos cerámicos y datados hacia fines de la fase Nagada I que evocan escenas de violencia, que podrían asociarse a un contexto bélico: personajes destacados por su tamaño y su atuendo (tocado cefálico, cola postiza) sosteniendo con lazos o aprestándose a golpear con algún arma (probablemente una maza) a personajes de menor tamaño que podrían ser identificados como prisioneros. Estos motivos, leídos a la luz de evidencia iconográfica más tardía (en concreto, las representaciones del líder sometiendo al enemigo que aparecen tempranamente en la Tumba 100 de Hieracómpolis y que formarán parte, posteriormente, de la imaginería faraónica), permiten sugerir el sentido militar de las escenas evocadas⁸.

10

En suma, las distintas líneas de evidencia, consideradas en su conjunto, constituyen un importante testimonio de la presencia de prácticas de guerra en el valle del Nilo desde fines del período Paleolítico hasta el período Predinástico, coincidente con los indicios de sociedades no estatales organizadas según parámetros parentales. La inferencia de las razones puntuales o inmediatas para tales guerras a partir del registro arqueológico resulta mucho más difícil (cf. Carman y Harding, 1999); sin embargo, si nos valemos de analogías etnográficas, podemos establecer que las motivaciones plausibles (ya sean éstas venganza, obligaciones familiares, búsqueda de prestigio, defensa territorial) se basan fundamentalmente en una percepción mutua de amenaza entre los grupos que (como registran diversos estudios antropológicos) hace de cada contacto, una posibilidad para el conflicto. Se trata, así,

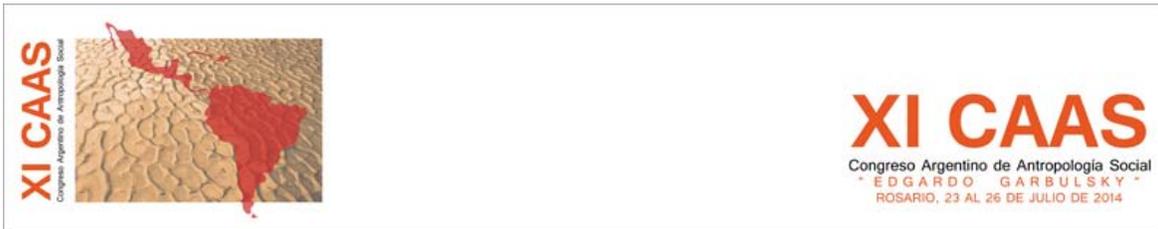
⁸ Los vasos cerámicos a los que nos referimos son: el vaso correspondiente a la tumba U-239 del cementerio U de Abidos, el vaso E3002 de Bruselas, el vaso UC15339 del Petrie Museum de Londres y uno de los vasos de la tumba U-415 de Abidos. Cf. Gayubas (2014, 153, con bibliografía).



de guerras de ataque y retirada que no redundan en cambios significativos en el seno de las comunidades sino que, por el contrario, contribuyen a la autoafirmación de los grupos de parientes mediante el sostenimiento de la diferencia con aquellos que no lo son. Aun allí donde la guerra pudiera instituir liderazgos (algo que de hecho puede ser pensado en relación con los motivos predinásticos de personajes destacados sometiendo a probables prisioneros), éstos serían compatibles con los principios de articulación comunal, asentados, como apuntaba Clastres (1981 [1980], 146-149), en el prestigio y no en el poder. En última instancia, la guerra (ya sea conducida por las comunidades o por jefes instituidos interesados en la obtención de bienes o prestigio) se presentaría así como garantía del sostenimiento del orden parental.

III

Durante la fase Nagada II (c. 3600-3300 a.C.) se documentan algunos cambios significativos en los registros arqueológico e iconográfico del valle del Nilo que permiten proponer la aparición de un tipo de lógica radicalmente nueva basada en los principios de la coerción estatal. Por un lado, se testimonia una serie de variaciones demográficas que, en buena medida, está vinculada con la aparición de núcleos urbanos. Esto es particularmente perceptible en Hieracómpolis. Aquí se registra un aumento sensible en el número de habitantes a partir de la fase Nagada I, llegando a estimarse que podrían haber vivido allí entre 5.000 y 10.000 habitantes en la fase Nagada I y comienzos de Nagada II, lo que sugiere una concentración que no parece resultar únicamente del crecimiento vegetativo de la población preexistente sino del arribo de nuevos grupos (Hoffman *et al.*, 1986, 181). Promediando la fase Nagada II, la tendencia demográfica parece haber involucrado una concentración poblacional aún mayor en torno del área cultivada. De hecho, el uso continuado de un probable centro ceremonial (HK29A, de casi 40 metros de largo, en el que se han hallado restos de animales sacrificados) y la presencia de otras edificaciones (por ejemplo, el sitio HK34B, para el que se ha sugerido un uso administrativo y/o ceremonial)

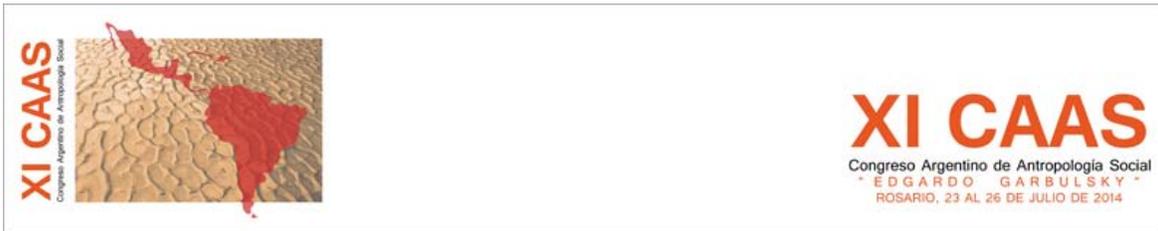


refuerzan la idea de una concentración de las principales dinámicas sociales en tal área a partir de mediados de Nagada II (cf. Hoffman, 1982, 130; Adams, 1995, 36-41; Hikade, 2006; 2007).

Estos testimonios de urbanismo involucran también la constatación de variaciones en los procesos de especialización socioeconómica que pudieron tener lugar hacia la fase Nagada II. El mencionado complejo ceremonial HK29A, junto con una serie de instalaciones que pudieron estar destinadas a la producción de cerveza, de cerámica y de instrumentos líticos, parecen indicar una considerable especialización del trabajo (cf. Hoffman, 1982, 126; Adams, 1995, 45-46). Por otro lado, la utilización simultánea de cementerios diferenciados para la élite (como el HK31) y para la población general (HK43), indica una creciente distancia social entre grupos habitantes del núcleo urbano (cf. Friedman *et al.*, 1999). Tal escenario en Hieracómpolis presenta una similitud con los cementerios de élite de Nagada (Cementerio T) y Abidos (Cementerio U), cuyas tumbas de mayores dimensiones y con ajuares funerarios más elaborados parecen apuntar a la existencia de una diferenciación social significativa hacia al menos mediados de la fase Nagada II (cf. Campagno, 2002, 173-177, con bibliografía).

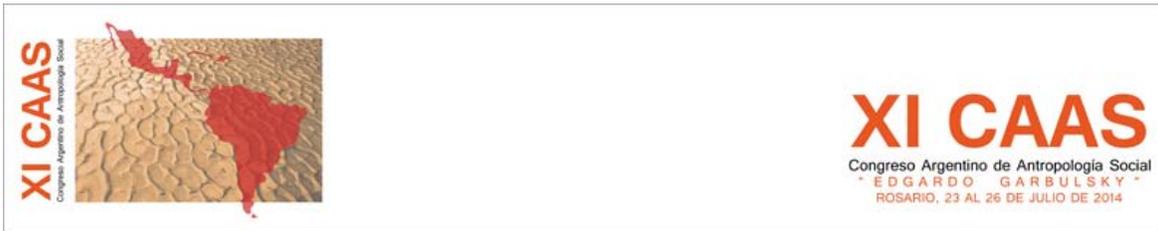
12

Este punto está íntimamente vinculado con otro tipo de variación que se registra hacia este período, esta vez de índole sociopolítica. Si en términos urbanos la existencia de probables complejos administrativos y/o ceremoniales como el HK34B de Hieracómpolis sugiere la presencia de polos de poder político y/o religioso, la evidencia funeraria es aún más elocuente. El cementerio de élite HK6 de Hieracómpolis no sólo concentra una serie de enterramientos de gran tamaño y con bienes funerarios de considerable importancia, sino que se destaca además por incluir la Tumba 23 (Nagada IIa-b), dotada de una cámara funeraria de considerables proporciones (5,5 x 3,1 m) y rodeada por una superestructura de madera y una capilla de ofrendas que la convierten en el enterramiento de mayores dimensiones de todo el valle del Nilo para su época (Figueiredo, 2004). Por su parte, el cementerio HK31 contiene la Tumba 100 (Nagada IIc), de tamaño equiparable a la Tumba 23 pero con



una decoración mural que incluye escenas de combates y rituales asimilables a los de la posterior realeza egipcia (Midant-Reynes, 1992, 194-197). En Nagada (T15, T20, T23) y en Abidos (U-127, U-210) también se han hallado tumbas de tamaños y ajuares similares a los correspondientes a Hieracópolis y datadas hacia mediados de Nagada II (cf. Campagno, 2002, 175-177). La información que procede de estos contextos se complementa con la que proporcionan las representaciones iconográficas (en el ámbito funerario y en el arte rupestre documentable en las áreas desérticas circundantes), que presentan a personajes involucrados en acciones asimilables a las que caracterizarían al monarca egipcio (incluyendo el ejercicio de la violencia) (cf. Campagno, 2002, *passim*). Estos indicios parecen apuntar, en suma, a la existencia de alguna forma de dominación de carácter estatal en los centros más importantes del Alto Egipto.

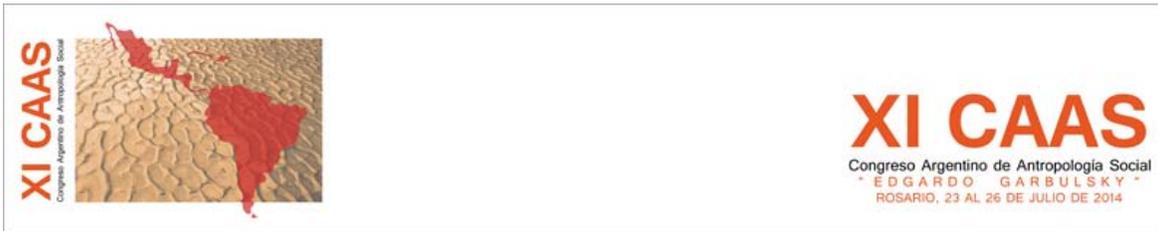
Formulemos entonces la siguiente pregunta: ¿hay testimonios de guerra en el valle del Nilo en la época en la que surge lo estatal? Hemos visto en el apartado anterior que la guerra no es ajena a las sociedades que habitaron el valle antes de que se documentaran las variaciones radicales a las que nos acabamos de referir. ¿Qué podemos decir de la fase en la que dichas variaciones tienen lugar? Contamos, por un lado, con vestigios de armas (mazas, flechas, lanzas, hachas, cuchillos) y de la construcción de murallas presumiblemente defensivas (el muro de Nagada que hemos mencionado en el apartado anterior, datado hacia la fase Nagada II). Por otro lado, y de manera más significativa, a partir de Nagada IIc esos testimonios se refuerzan con aquellos que provienen del ámbito de la iconografía. Las escenas representadas en la Tumba 100 de Hieracópolis –que incluyen probables combates y rituales como el de la masacre ritual del enemigo, que implican la captura de prisioneros y la celebración de victorias militares– y en diversos objetos decorados tales como el mango de cuchillo de Dyebel el-Arak, las paletas de los Buitres, de los Toros, de las Ciudades, así como en grabados rupestres como los representados en Dyebel Chauti y en el desierto oriental, destacan la violencia a partir de la descripción de combates cuerpo a cuerpo (entre humanos o entre humanos y animales), de la



captura de prisioneros, de la existencia de poblados amurallados, o de la representación de motivos asociados al triunfo en la guerra (cf., entre otros, Monnet-Saleh, 1986, 227-238; Darnell, 2002, 13-19; Gilbert, 2004, 88-99). En algunas de ellas, además, aparecen figuras asimilables a la realeza, como por ejemplo las imágenes de un toro o un león embistiendo a posibles enemigos, que recuerdan la escena del rey personificado como toro en el reverso de la paleta de Nármer, o la ya mencionada escena de la masacre del enemigo, que será característica de la simbología real durante toda la historia faraónica.

Si este conjunto de evidencias parece apuntar a un cierto recrudescimiento del conflicto a partir de la fase Nagada II, ello parece menos asentado en un mero orden de frecuencia que en una variación cualitativa de la guerra. Un primer punto que se deduce de lo que venimos señalando, sugerido por la evidencia que hemos enumerado en este apartado y en el anterior, es que lo estatal emerge en el valle del Nilo en un contexto en el que los conflictos bélicos no se hallan ausentes. Un segundo punto de importancia es el carácter simultáneo de los conflictos testimoniados por estos indicadores y los comienzos del proceso de unificación política del valle del Nilo. Esto permite pensar en la existencia, hacia este período, de un tipo específico de conflicto que, como hemos expresado en el apartado introductorio del presente trabajo, tendría consecuencias radicalmente nuevas respecto de las guerras de ataque y retirada típicas de las sociedades no estatales. Nos referimos a las *guerras de conquista*.

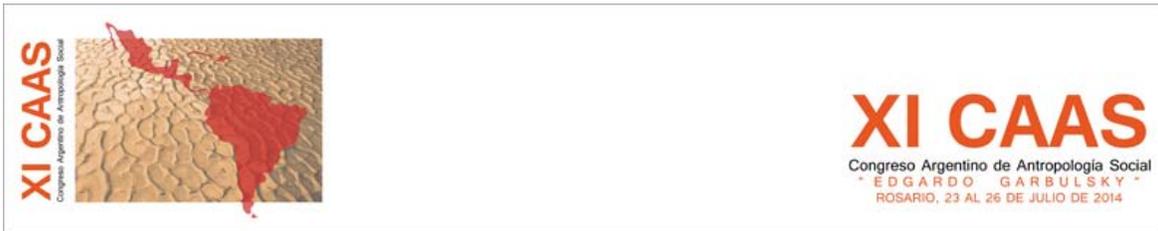
Diversos autores han sugerido la posibilidad de esta modalidad de conflicto en el valle del Nilo en relación con la emergencia de lo estatal. Algunos de ellos se basan en premisas que resultan poco aplicables a los testimonios disponibles –guerras entre pastores y agricultores (Monnet-Saleh, 1986, 237), o tensiones resultantes de la circunscripción ambiental (Bard y Carneiro, 1989). En cambio, resulta verosímil que esos conflictos hayan estado ligados a ciertas disputas entre las diversas sociedades de jefatura del valle del Nilo por el acceso a las corrientes de intercambio que las conectaban con regiones lejanas (Nubia, Siria-Palestina, Mesopotamia) y quizás



también a los cercanos yacimientos minerales de los desiertos (Trigger, 1985 [1983], 61, 72; Campagno, 2004). El acceso a unas y a otros era vital para la obtención o la elaboración de diversos bienes de prestigio que los jefes y las élites debían ostentar para expresar materialmente la diferencia que los distinguía del resto de los integrantes de tales sociedades. Y la escasez de tales bienes –que, de hecho, determina su condición prestigiosa– podría haber constituido un motivo de tensión entre las comunidades que intentaban su consecución. La conquista no tendría por qué constituir una consecuencia inevitable de tales disputas pero sí podría ser una contingencia posible de ese tipo de rivalidades intercomunitarias. Lo que interesa destacar aquí, en todo caso, es que la conquista implica el establecimiento de un vínculo estable entre vencedores y vencidos (es decir, entre no parientes) que supone un tipo de relación no basada en los lazos del parentesco sino en el monopolio de la coerción detentado por los vencedores. La guerra de conquista, por lo tanto, puede proponerse como una de las condiciones posibles para la emergencia de lo estatal en Egipto.

15

Ahora bien, no se trata de proponer que la guerra haya sido el único factor que haya determinado la emergencia del Estado egipcio. Otros factores –especialmente asociables a las dinámicas disparadas por la concentración poblacional en sitios como Hieracópolis y a las concepciones acerca del carácter sagrado del liderazgo – podrían haber intervenido decisivamente en el proceso (cf. Campagno, 2011, 55-65). Pero lo que importa notar aquí es que las características inherentes a las guerras de conquista resultan singularmente compatibles con la lógica expansiva del Estado. Así, por ejemplo, las élites que se constituyeran en núcleos urbanos de varios miles de habitantes como Hieracópolis hacia Nagada II, con capacidad para movilizar un grupo numeroso de seguidores a través de formas de subordinación no parentales, estarían en mejores condiciones para someter a las aldeas periféricas mediante la realización de guerras de conquista que las que podrían tener las comunidades aldeanas organizadas en función de la lógica del parentesco. A su vez, la obtención

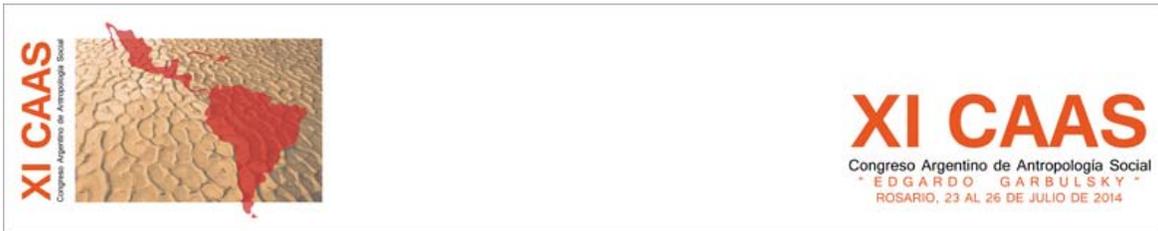


de tributación de las aldeas vencidas reforzaría la capacidad de gestión y el poderío de esa élite para ejercer el control dentro del ámbito urbano.

Sean como fueren las características específicas, lo interesante en este punto es que la guerra, que en contextos no estatales contribuía al sostenimiento del orden indiviso de la comunidad de parientes, en el escenario aquí considerado podría cambiar radicalmente de signo y operar –bajo la forma de la guerra de conquista como garantía del proceso de transformación que da origen al Estado.

IV

Nos queda un punto más en la argumentación. ¿Qué lugar ocupa la violencia y, en particular, la guerra en el proceso de consolidación de las dinámicas estatales en el Egipto unificado? Para formular este problema nos debemos situar en la fase Nagada III (c. 3200-3000 a.C.) y en el período Dinástico Temprano (c. 3000-2700 a.C.). De acuerdo con lo que arrojan los testimonios conservados, todo parece indicar que hacia comienzos de Nagada III la región del Alto Egipto se unifica políticamente bajo la hegemonía de Hieracópolis y/o de Abidos (frente a un llamativo declive de Nagada, el otro centro fuerte del período inmediatamente anterior), destacándose un vasto recinto ceremonial en Hieracópolis (el “templo de Horus”) y, por sobre todo, las grandes tumbas del cementerio U de Abidos, cuyas múltiples cámaras incluyen sarcófagos y una importante cantidad de objetos y materiales traídos de regiones lejanas (vasos cerámicos de Palestina, objetos realizados con obsidiana de Anatolia o Etiopía y con lapislázuli de Afganistán) (cf. Wilkinson, 1999, 47-50; Campagno, 2002, 180-183). Más importante aún, en una de las tumbas de este cementerio (la U-j) se hallaron, en inscripciones pintadas en vasos y grabadas en etiquetas de hueso, los indicios más tempranos del uso de escritura en Egipto (Dreyer, 1998). A posteriori, las dinámicas estatales se expandirían hasta alcanzar Elefantina en el sur y el mar Mediterráneo en el norte, proceso en el cual el conflicto no parece haber estado ausente (tal como sugiere la iconografía de la época, fuertemente centrada en la

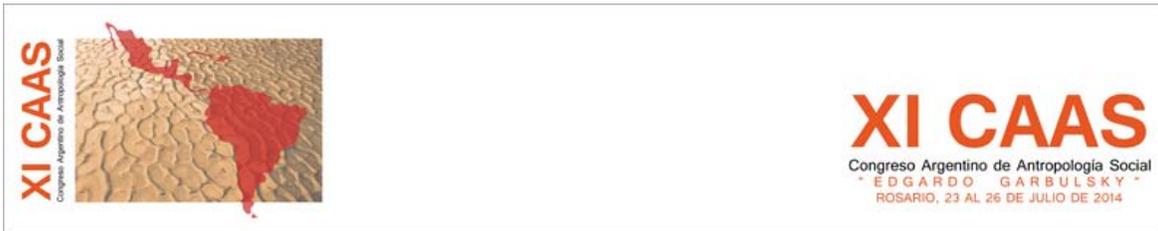


violencia, así como la destrucción por fuego de un recinto en Tel el-Farja, en el delta del Nilo; cf. Ciałowicz, 2004, 380). De este modo, se configuran los límites que caracterizarían de allí en más al territorio gobernado por el rey de las “Dos Tierras” (el Alto y el Bajo Egipto).

Durante el período Dinástico Temprano (que incluye las Dinastías I y II) se consolida la dominación estatal en el territorio del Egipto “unificado”. ¿Qué nos indica la evidencia del período respecto del lugar de la guerra en este proceso? Aquí podemos hacer una distinción entre los ámbitos “interno” y “externo” del Estado, es decir, entre la relación de la élite estatal con la población subordinada en el seno del propio territorio, por un lado, y su relación con las “periferias”, por el otro.

En efecto, en relación con el ámbito interno, resulta fundamental notar que el Estado no sólo hace la guerra sino que confisca esa posibilidad a los grupos que integra bajo su dominio. De este modo, no se trata de que el ejercicio de la violencia con independencia del Estado se haya vuelto técnicamente imposible pero aquellos que pretendieran ejercerla se transformarían automáticamente en rebeldes. Así es, precisamente, como los representa la iconografía: a fines de la Dinastía II, en el marco del final de una época de posibles conflictos políticos, la decoración de un vaso del rey Jasejem presenta a la diosa Nejbet ante el *serej* del rey, sometiendo con su garra un anillo con la palabra *bash*, ‘rebelde’ (Quibell, 1900, pl. 36; cf. Emery, 1961, 99; Wilkinson, 1999, 91-92). La consolidación de una sociedad estatal implica así la concentración de la violencia y su confiscación respecto de grupos otrora autónomos⁹.

⁹ En cuanto a la violencia ejercida “hacia adentro”, cabe destacar las representaciones tempranas acerca de las aves *rejit*, que, en la perspectiva egipcia sobre la sociedad, simbolizan a la población subordinada (cf. Baines, 1995, 132-133). El registro superior de la Cabeza de Maza de Escorpión (cf. Quibell, 1900, pl. 25; Baines, 1995, 119) exhibe un grupo de estas aves que penden – ahorcadas– de unos portaestandartes: todo parece indicar que los “súbditos” podían hallarse expuestos a la violencia estatal. En tiempos ligeramente posteriores, esa idea se confirma: un pedestal de una estatua del rey Djoser (Dinastía III) presenta a los Nueve Arcos (que simbolizan el mundo extranjero) y tres pájaros *rejit* al pie del rey, pareciendo implicar todo aquello sobre lo que el rey se impone (cf. Cervelló, 2009, 82); la Piedra de Palermo (Dinastía V), que recopila



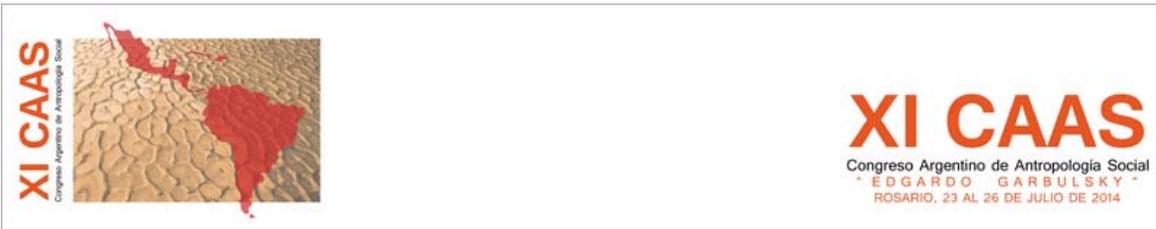
Ahora bien, respecto del ámbito externo, los testimonios con que contamos permiten inferir la presencia de prácticas de violencia bélica protagonizadas por el Estado egipcio en su relación con las sociedades al sur, al oeste y al noreste del territorio egipcio. Tal como afirma Gilbert (2004, 111), “el período Dinástico Temprano fue un tiempo en el que la guerra estuvo directamente asociada con la existencia del Estado”. Si bien algunos de estos indicios, en la medida en que corresponden al registro iconográfico (representaciones de campañas militares, nombres de reyes vinculados con atributos de fuerza), pueden remitir a un orden simbólico antes que a estrictas referencias históricas, no puede soslayarse el hecho de que una conceptualización de este tipo difícilmente tuviera lugar en un contexto en que las prácticas de violencia estuvieran totalmente ausentes. Como argumenta Gilbert (2004, 111), “un simbolismo tal no podría tener sentido sin al menos alguna forma de aplicación histórica y práctica de la guerra”. De este modo, merece la pena enumerar muy resumidamente los indicadores disponibles.

18

Si tomamos como referencia las áreas periféricas más recurrentemente representadas como el exterior hostil en los motivos egipcios de tiempos faraónicos (correspondientes a libios, asiáticos y nubios), podemos constatar que las tres están presentes ya en las representaciones de carácter bélico del período Dinástico Temprano¹⁰. Respecto de los libios, el fragmento de un sello cilíndrico hallado en Hieracópolis y una tablilla encontrada en Abidos, correspondientes ambos al reinado de Nármer (primer rey de la Dinastía I), representan al monarca ejecutando a una serie de prisioneros identificados como *chehenu* (libios). De un modo similar, una paleta del rey Dyer, de la misma dinastía, contiene la escena en la que éste se dispone a golpear a un prisionero que lleva una pluma en la cabeza, tal como serán

informaciones que aluden a épocas anteriores, también refiere a tales aves para contextos de la Dinastía I, presentándolas en asociación con explotaciones agrícolas y ante un cuchillo para su decapitación, lo que probablemente sugiere la condición campesina y sometida de la población así identificada (cf. Diego Espinel, 2006, 188-189).

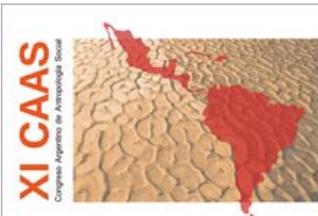
¹⁰ Al respecto, cf. Campagno (2002, 217-221, con bibliografía); Gilbert (2004, 111-113). Cf. también Wilkinson (1999, 150-182).



representados los libios en tiempos faraónicos. Quizás estos testimonios puedan ser vinculados con los motivos presentes en la Paleta de las Ciudades correspondiente a la fase anterior, en cuyo reverso se representa una serie de recintos aparentemente amurallados sobre los cuales ciertas figuras que pudieran caracterizar a dioses o atributos del rey parecen ejercer alguna acción (probablemente destructora) con unas azadas, y en cuyo anverso se dispone una serie de animales y plantas asociados al nombre *chenu*, que podrían simbolizar bienes entregados al rey (cf. Baines, 2005-2006, 113-116). Cualquiera sea la identificación exacta de estos *chenu*, lo cierto es que el registro testimonial permite una temprana conceptualización de los libios como poblaciones exteriores y, por lo tanto, pasibles de recibir la acción militar del Estado egipcio.

Los asiáticos (que en estos contextos pueden ser reconocidos como poblaciones del sur de Palestina o del Sinaí) aparecen mencionados en una serie de tablillas del reinado de Den (Dinastía I), tanto identificados con un prisionero a punto de ser ejecutado por el rey como con recintos amurallados siendo destruidos¹¹. También se representan prisioneros de aspecto asiático en una tablilla de marfil más temprana y en una caña del reinado de Qaa (Dinastía I), esta última conteniendo la inscripción *Sechet* (traducida como Asia o Siria-Palestina) que aparece también referida en la Piedra de Palermo (compilación de anales reales compuesta en la Dinastía V) en relación con una campaña dirigida contra dicha población por el rey Den. En la Dinastía II, la expresión “tributo/producto de la tierra extranjera”, que aparece bajo el reinado de Sejemib/Peribsen, y el título de “supervisor de la tierra extranjera”, correspondiente al reinado de Jasejemuy, sugieren la existencia de alguna forma de control estatal más allá de los límites del territorio propiamente egipcio, tal como sucedería con la región del Sinaí en tiempos posteriores. La presencia del Estado egipcio en el sur de Palestina y en el Sinaí está además atestiguada por la aparición allí de cerámica con *serejs* (signos que contienen el nombre del rey) de diversos

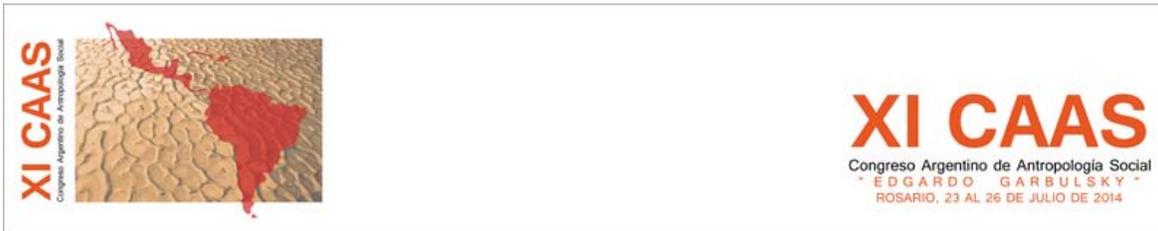
¹¹ Respecto del reinado de Den, también se dispone de un sello con el motivo del rey cazando (probablemente a un hipopótamo) junto a una hilera de prisioneros decapitados. Cf. Müller (2008).



monarcas de la Dinastía I¹². Si bien la presencia egipcia en esas regiones, principalmente enfocada a la obtención de bienes, debió implicar un tipo de relación en alguna medida pacífica con las poblaciones extra-egipcias (algunos asentamientos egipcios en la región parecen apuntar a cierta convivencia no conflictiva entre egipcios y cananeos), no debe excluirse la posibilidad de ciertos núcleos con alguna presencia militar egipcia (en particular, Tel Sakan; cf. Miroshedji *et al.*, 2001). Comoquiera que sea, parece claro que durante el período Dinástico Temprano existe una conceptualización de las áreas más allá del delta oriental como espacio de extranjeros, enemigos reales o potenciales con los que se puede intercambiar, convivir o hacer la guerra pero que no forman parte del ámbito propiamente bajo dominio del rey de las “Dos Tierras”.

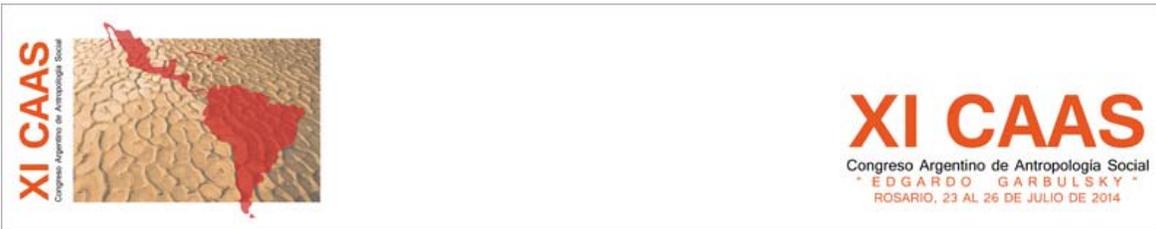
Respecto de los nubios, existen diversos testimonios que sugieren acciones militares del Estado egipcio. Por una parte, el testimonio arqueológico más significativo es el de una fortaleza egipcia erigida en Elefantina –el extremo más meridional del territorio bajo dominio del rey de las “Dos Tierras”– datada hacia la Dinastía I, desde donde se podrían haber emprendido las acciones militares hacia el sur. En cuanto a las representaciones iconográficas, estas incluyen las inscripciones rupestres de Dyebel Sheik Suleiman, en torno a la segunda catarata del Nilo, en donde se representa un *serej* junto a una serie de enemigos derrotados y prisioneros, y un escorpión (quizás evocando al rey) sujetando a lo que parece ser un cautivo (Murnane, 1987; Wilkinson, 1999, 54, 177-179); también, una tablilla del rey Aha, de la Dinastía I, y un fragmento de estela del rey Jasejem(uy), de la Dinastía II, en los que aparecen sendos prisioneros nubios en situación de sometimiento. Por otro lado, el abandono del cementerio L de Qustul, ubicado en la Baja Nubia e identificado por algunos autores como el núcleo de un Estado nubio antagonista del Alto Egipto, así como el posterior colapso del Grupo A (de tradición cultural autóctona) hacia la Dinastía I, han sido vinculados con la presencia militar de Egipto en la región. Si bien los intereses

¹² Los testimonios de presencia estatal egipcia en el Sinaí se han expandido recientemente con las evidencias documentadas por Pierre Tallet (cf. Tallet y Laisney, 2012).

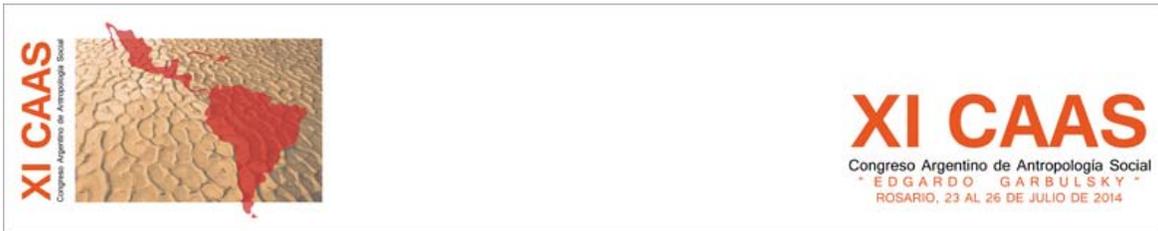


egipcios en Nubia parecen apuntar también a la obtención de bienes procedentes del África subsahariana y de yacimientos de metales o minerales de los desiertos circundantes, la acción egipcia en la región parece haber estado caracterizada por un sesgo asociado a la violencia estatal. En suma, la actividad militar podría haber sido la forma privilegiada de relación social del Estado egipcio con sus vecinos del sur durante el período Dinástico Temprano.

Ahora bien, si consideramos las razones del accionar militar egipcio en relación con las tres regiones o poblaciones periféricas consideradas, la cuestión parece apuntar a dos posibles motivaciones, no excluyentes entre sí. La primera, como se viene de ver, apunta a la búsqueda de materiales exóticos o bienes de prestigio por parte de la élite estatal. Así como, en tiempos pre-estatales, los jefes requerían este tipo de bienes para sostener su prestigio en la comunidad, en el contexto de la emergencia del Estado dual egipcio la demanda no cesa sino que se incrementa, vinculada con la exhibición de las distancias sociales y del estatus de la realeza. La disponibilidad de mayores excedentes y de una capacidad logística nueva (sumada a la ausencia de los límites provenientes de las normas del parentesco) permitiría incursiones más sistemáticas para el abastecimiento pacífico de dichos materiales o bienes (como se constata particularmente en el sur de Palestina), incluyendo la posibilidad de ciertas políticas más agresivas. Es razonable pensar, por ejemplo, que allí donde se establecieran contactos pacíficos se contara igualmente con guarniciones militares para la protección ante posibles asaltos en el recorrido o para hacer frente a posibles contendientes por la obtención de dichos bienes (cf. Campagno, 2002, 220; Gilbert, 2004, 112). Esto implicaría, a su vez, que allí donde hubiera algún grupo poblacional que supusiera un obstáculo o un competidor para dicho acceso se recurriera a la agresión militar (tal sería el caso, por ejemplo, del núcleo estatal de Qustul en la Baja Nubia). Sin embargo, esta razón por sí sola no parece explicar el fenómeno, tal como sugiere el hecho de que, luego del colapso de Qustul, las actividades militares egipcias en la Baja Nubia no cesan; del mismo modo, la presumiblemente escasa



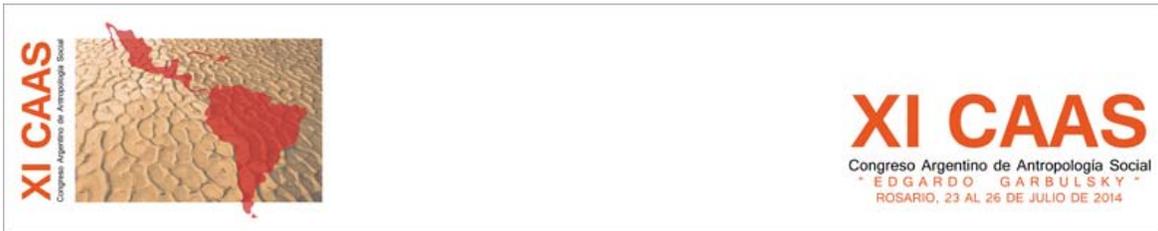
capacidad de resistencia de los grupos libios y asiáticos no se condice con las referencias a ataques egipcios sobre dichas poblaciones que ya hemos mencionado. Un elemento característico del período Dinástico Temprano es que, al tiempo que se consolidan en dicha etapa las prácticas que definen al Estado dual egipcio, también lo hace una representación simbólica en la cual el territorio articulado bajo el dominio del rey-dios será conceptualizado como el espacio de la *maat*, el orden justo, y los territorios periféricos (todo aquello que se ubica en las márgenes de las “Dos Tierras”) serán el ámbito de la negatividad, del caos (cf. Wilkinson, 1999, 58-59; Köhler, 2002, 510). Algo de esta percepción probablemente esté implícito en la presumible razón por la cual el Estado expansivo de Nagada III fijó sus límites en Elefantina y en el delta del Nilo y no extendió más allá su dominio permanente: acaso cierta homogeneidad cultural de los núcleos habitados del Alto y el Bajo Egipto, que se consolidó con anterioridad a la unificación política, haya puesto los cimientos de la percepción de una diferencia crítica entre los habitantes del valle y el delta del Nilo, por un lado, y las poblaciones de las periferias, por el otro, donde sólo los primeros participaban del cosmos que era regido por el rey-dios, y los segundos eran asimilables a las fuerzas del caos. Esta percepción, que se habría consolidado hacia el período Dinástico Temprano, pudo determinar, pues, unos modos específicos de intervención del Estado egipcio (esto es, del rey) en los territorios periféricos: por un lado, de allí fluirían bienes hacia el centro cósmico representado por la corte del rey de las “Dos Tierras” (extracción de bienes); por el otro, hacia allí se dirigiría la acción militar del Estado (represión de los habitantes de las márgenes, en consonancia con las escenas del rey sometiendo a enemigos que evocan a la vez la guerra contra el extranjero y la imposición del orden sobre el caos). Es a partir de identificar este carácter cósmico de la violencia que se puede afirmar que, por difícil que resulte distinguir si el sentido de las representaciones de enemigos vencidos es bélico o ritual, lo que permanece es la caracterización que la élite egipcia del período hace de las periferias. Lo decisivo, en todo caso, es que el rey-dios se presenta como una figura que garantiza el orden justo mediante la lucha contra las fuerzas del caos que



amenazan desde los territorios periféricos. La guerra, como práctica, discurso o ritual, aparece así como garantía del orden estatal.

V

En el primer apartado de esta comunicación, mencionamos la paradoja enunciada por Clastres en uno de sus últimos trabajos: la guerra, garante del orden indiviso, puede ser a la vez fundamento de una lógica de la división. La evaluación de la evidencia referente a la historia temprana del antiguo Egipto se muestra solidaria con esa observación. La guerra no es una práctica siempre idéntica a sí misma. En el marco de una serie de variaciones sociopolíticas en las que la guerra parece tener un rol de importancia, ésta cambia de signo: de ser garantía de un tipo de orden indiviso, no estatal (períodos Paleolítico tardío, Neolítico y comienzos del Predinástico), pasa a ser uno de los ejes del proceso de cambio que dará origen al Estado (fase Nagada II) para devenir garantía de un nuevo orden, estatal, en un marco geográfico extendido (fase Nagada III y período Dinástico Temprano). Del mismo modo que las comunidades no estatales articuladas por la lógica del parentesco se afirman en su identidad como un Nosotros autónomo e indiviso a partir del sostenimiento de la diferencia con los grupos no parientes, la guerra promueve o acompaña (bajo la forma de la guerra de conquista) el proceso de emergencia de lazos de tipo estatal allí donde grupos no vinculados recíprocamente por el parentesco quedan ligados en una relación permanente que habilita la dominación política y la coerción estatal. La conformación de una élite que extrae tributo se sostiene en el monopolio de la violencia, entendido no sólo como la concentración de la capacidad de coacción sino, fundamentalmente, como la confiscación de la violencia de las comunidades previamente autónomas: la guerra (hacia afuera) y la represión (hacia adentro) pasan a ser atributos exclusivos del Estado (en términos de la cosmovisión egipcia, características específicas del rey-dios). Así también la relación con las periferias (poblaciones libias, asiáticas y nubias), en el marco de la consolidación del Estado



egipcio unificado, se establece en términos de diferencia, de oposición entre el ámbito del caos (los territorios marginales) y el cosmos bajo dominio del rey-dios (las “Dos Tierras”). Ya sea que las representaciones iconográficas que aluden al accionar militar del Estado egipcio en dichas regiones se correspondan con una práctica política efectiva o con un discurso cosmológico violento, el sentido parece apuntar de igual modo a un dato nuclear del Estado dual: “el orden requiere la demarcación, destrucción y depredación de un ‘otro’” (Baines, 2005-2006, 116). Por lo tanto, la complejidad de la guerra a que apuntáramos al comienzo de este trabajo puede enunciarse de un modo más sencillo: la guerra garantiza el orden no estatal (indiviso), incide en el proceso de cambio (emergencia del Estado) y se constituye en fundamento del orden estatal (Estado consolidado).

Referencias bibliográficas

Adams, Barbara. (1995). *Ancient Nekhen: Garstang in the city of Hierakonpolis*. New Malden: SIA Publishing.

Baines, John. (1995). “Origins of Egyptian kingship”, en: D. O’Connor y D. Silverman (eds.), *Ancient Egyptian kingship*. Leiden: E. J. Brill, pp. 95-156.

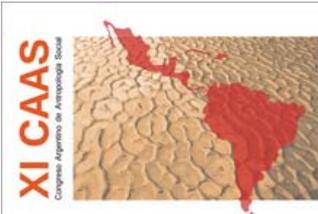
Baines, John. (2005-2006). “Definiciones tempranas del mundo egipcio y sus alrededores”, *Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental “Dr. Abraham Rosenvasser”* 12/13: 111-148.

Bard, Kathryn A. y Robert L. Carneiro. (1989). “Patterns of Predynastic Settlement Location, Social Evolution, and the Circumscription Theory”, *Cahiers de recherches de l’Institut de Papyrologie et d’Égyptologie de Lille* 11: 15-23.

Campagno, Marcelo. (2000). “Hacia un uso no-evolucionista del concepto de ‘sociedades de jefatura’”, *Boletín de Antropología Americana* 36: 137-147.

Campagno, Marcelo. (2002). *De los jefes-parientes a los reyes-dioses. Surgimiento y consolidación del Estado en el antiguo Egipto, del Período Badariense al Dinástico Temprano, ca. 4500-2700 a.C.* Barcelona: Aula Ægyptiaca.

Campagno, Marcelo. (2004). “In the beginning was the War. Conflict and the emergence of the Egyptian State”, en: S. Hendrickx, R. F. Friedman, K. M. Ciałowicz y M. Chłodnicki (eds.), *Egypt at its origins. Studies in Memory of Barbara Adams (Proceedings of the*



XI CAAS
Congreso Argentino de Antropología Social
"EDGARDO GARBULSKY"
ROSARIO, 23 AL 26 DE JULIO DE 2014

International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt", Krakow, 28th August – 1st September 2002. Leuven: E. J. Brill, pp. 689-703.

Campagno, Marcelo. (2006). "De los modos de organización social en el Antiguo Egipto: lógica de parentesco, lógica de Estado", en: M. Campagno (ed.), *Estudios sobre parentesco y Estado en el Antiguo Egipto*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires/Ediciones del Signo, pp. 15-50.

Campagno, Marcelo. (2011). "En los umbrales. Intersticios del parentesco y condiciones para el surgimiento del Estado en el valle del Nilo", en: M. Campagno, J. Gallego y C. G. García Mac Gaw (comps.), *El Estado en el Mediterráneo Antiguo. Egipto, Grecia, Roma*. Buenos Aires: Miño y Dávila, pp. 45-79.

Campagno, Marcelo. (2014). "Pierre Clastres y el problema del surgimiento del Estado", en: M. Campagno (ed.), *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*. Buenos Aires: Miño y Dávila, pp. 201-219.

Carman, John y Anthony Harding. (1999). "Introduction", en: J. Carman y A. Harding (eds.), *Ancient Warfare. Archaeological Perspectives*. Stroud: Sutton Publishing, pp. 1-9.

Cervelló Autuori, Josep. (2009). "El rey ritualista. Reflexiones sobre la iconografía del festival de Sed egipcio desde el Predinástico tardío hasta fines del Reino Antiguo", en: M. Campagno, J. Gallego y C. G. García Mac Gaw (comps.), *Política y religión en el Mediterráneo antiguo. Egipto, Grecia, Roma*. Buenos Aires, Miño y Dávila, pp. 61-102.

Ciałowicz, Krzysztof. (2004). "Tell el-Farkha 2001 - 2002: Excavations at the Western Kom", en: S. Hendrickx, R. F. Friedman, K. M. Ciałowicz y M. Chłodnicki (eds.), *Egypt at its origins. Studies in Memory of Barbara Adams (Proceedings of the International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt", Krakow, 28th August – 1st September 2002)*. Leuven: E. J. Brill, pp. 371-388.

Clastres, Pierre. (1976). "Conférence de M. Pierre Clastres", *École pratique des hautes études, Section des sciences religieuses, Annuaire 85, 1976-1977*: 53-54.

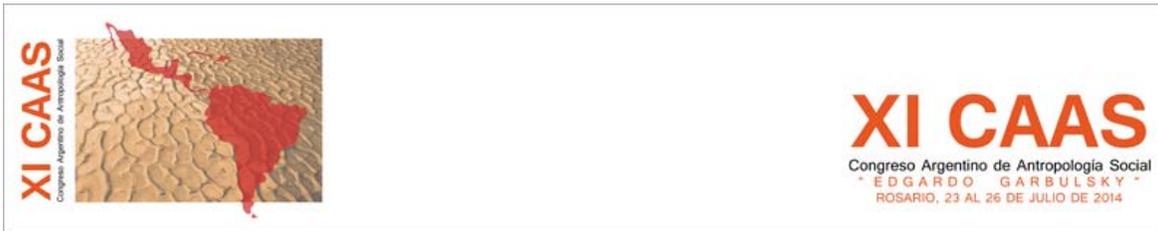
Clastres, Pierre. (1978 [1974]). *La sociedad contra el Estado*. Barcelona: Monte Ávila.

Clastres, Pierre. (1981 [1980]). *Investigaciones en antropología política*. Barcelona: Gedisa.

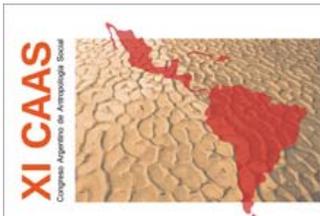
Darnell, John C. (2002). *Theban Desert Road Survey in the Egyptian Western Desert, Vol. 1: Gebel Tjauti rock inscriptions 1 - 45 and Wadi el-Hôl rock inscriptions 1 - 45*. Chicago: The University of Chicago Press.

Diego Espinel, Andrés. (2006). *Territorialidad y etnicidad en el Egipto del Reino Antiguo*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.

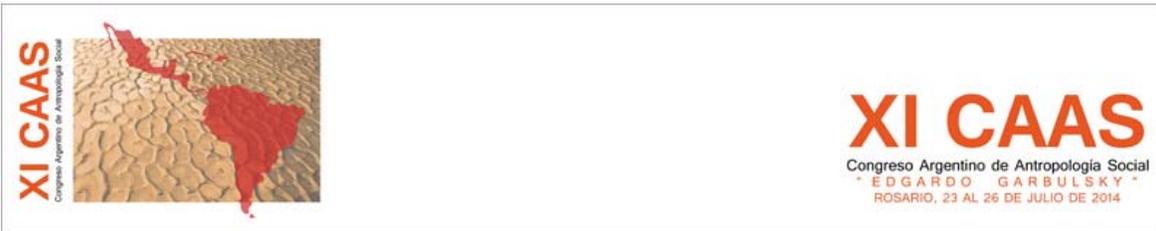
Dreyer, Günter. (1998). *Umm el-Qaab I: Das prädynastische Königsgrab U-j und seine frühen Schriftzeugnisse*. Mainz: Philipp von Zabern.



- Emery, Walter B. (1961). *Archaic Egypt*. Harmondsworth: Penguin Books.
- Ferguson, R. Brian. (1997). "Violence and War in Prehistory", en: D. L. Martin y D. W. Frayer (eds.), *Troubled Times. Violence and Warfare in the Past*. Amsterdam: Gordon and Breach Publishers, pp. 321-355.
- Ferrié, Christian. (2011). "La politique primitive et sa dynamique inconsciente", en: M. Abensour y A. Kupiec (eds.), *Pierre Clastres*. Paris: Sens & Tonka, pp. 323-339.
- Figueiredo, Alvaro. (2004). "Locality HK6 at Hierakonpolis: Results of the 2000 Field Season", en: S. Hendrickx, R. F. Friedman, K. M. Ciałowicz y M. Chłodnicki (eds.), *Egypt at its origins. Studies in Memory of Barbara Adams (Proceedings of the International Conference "Origin of the State. Predynastic and Early Dynastic Egypt", Krakow, 28th August – 1st September 2002)*. Leuven: E. J. Brill, pp. 1-23.
- Friedman, Renée F., Amy Maish, Ahmed G. Fahmy, John C. Darnell y Edward D. Johnson. (1999). "Preliminary Report on Field Work at Hierakonpolis: 1996-1998", *Journal of the American Research Center in Egypt* 36: 1-35.
- Gayubas, Augusto. (2006). "Guerra, parentesco y cambio social en las sociedades sin Estado del valle del Nilo prehistórico", en: M. Campagno (ed.), *Estudios sobre parentesco y Estado en el Antiguo Egipto*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires/Ediciones del Signo, pp. 51-73.
- Gayubas, Augusto. (2014). "Pierre Clastres y la guerra en el valle del Nilo preestatal", en: M. Campagno (ed.), *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*. Buenos Aires: Miño y Dávila, pp. 143-162.
- Gilbert, Gregory P. (2004). *Weapons, Warriors and Warfare in Early Egypt*. Oxford: Archaeopress.
- González García, Francisco Javier. (2014). "Copérnico y los bárbaros. Notas para una reinterpretación de la Edad del Hierro europea", en: M. Campagno (ed.), *Pierre Clastres y las sociedades antiguas*. Buenos Aires: Miño y Dávila, pp. 163-180.
- Hendrickx, Stan y Pierre Veermersch. (2000). "Prehistory. From the Palaeolithic to the Badarian Culture (c. 700,000-4000 BC)", en: I. Shaw (ed.), *The Oxford History of Ancient Egypt*. New York: Oxford University Press, pp. 17-43.
- Hendrickx, Stan, Dirk Huyge y Willeke Wendrich. (2010). "Worship without Writing", en: W. Wendrich (ed.), *Egyptian Archaeology*. Oxford: Wiley-Blackwell, pp. 15-35.
- Hikade, Thomas. (2006). "Our First Season at Hierakonpolis", *Nekhen News* 18: 4-5.
- Hikade, Thomas. (2007). "Nothing is More Permanent than a Posthole", *Nekhen News* 19: 4-5.



- Hoffman, Michael A. (1982). *The Predynastic of Hierakonpolis: An interim report*. Giza-Macomb: Cairo University Herbarium.
- Hoffman, Michael A., Hany Hamroush y Ralph Allen. (1986). "A model of urban development for the Hierakonpolis region from Predynastic through Old Kingdom times", *Journal of the American Research Center in Egypt* 23: 175-187.
- Köhler, E. Christiana. (2002). "History or Ideology? New Reflections on the Narmer Palette and the Nature of Foreign Relations in Pre- and Early Dynastic Egypt", en: E. C. M. van den Brink y T. E. Levy (eds.), *Egypt and the Levant. Interrelations from the 4th through the early 3rd Millennium BCE*. London: Leicester University Press, pp. 499-513.
- Midant-Reynes, Béatrix. (1992). *Préhistoire de l'Égypte: Des premiers hommes aux premiers pharaons*. Paris: Armand Colin.
- Miroschedji, Pierre de, Moain Sadeq, Dina Faltings, Virginie Boulez, Laurence Naggjar-Moliner, Naomi Sykes y Margareta Tengberg. (2001). "Les fouilles de Tell es-Sakan (Gaza): Nouvelles données sur les contacts égypto-cananéens aux IVe - IIIe millénaires", *Paléorient* 27(2): 75-104.
- Monnet-Saleh, Janine. (1986). "Interpretation globale des documents concernant l'unification de l'Égypte, Part I", *Bulletin de l'Institut Français d'Archeologie Orientale* 86: 227-238.
- Müller, Vera. (2008). "Nilferdjagd und geko"ppte Feinde – zu zwei Ikonen des Feindvernichtungsrituals", en: E.-M. Engel, V. Müller y U. Hartung (eds.), *Zeichen aus dem Sand. Streiflichter aus Ägyptens Geschichte zu Ehren von Günter Dreyer*. Wiesbaden: Harrassowitz, pp. 477-493.
- Murnane, William. (1987). "The Gebel Sheikh Suleiman monument: Epigraphic remarks", *Journal of Near Eastern Studies* 46: 282-285.
- Quibell, James E. (1900). *Hierakonpolis I*. London: Quaritch.
- Sahlins, Marshall. (1983 [1974]). *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid: Akal.
- Shaw, Ian. (1991). *Egyptian Warfare and Weapons*. Aylesbury: Shire Publications.
- Sztutman, Renato. (2009). "Religião nômade ou germe do Estado? Pierre e Hélène Clastres e a vertigem tupi", *Novos Estudos – CEBRAP* 83: 129-157.
- Tallet, Pierre y Damien Laisney. (2012). "Iry-Hor et Narmer au Sud-Sinaï (Ouadi 'Ameyra). Un complément à la chronologie des expéditions minières égyptiennes", *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale* 112: 381-398.
- Trigger, Bruce G. (1985 [1983]). "Los comienzos de la civilización egipcia", en: B. G. Trigger, B. J. Kemp, D. O'Connor y A. B. Lloyd, *Historia del Egipto antiguo*. Barcelona: Crítica, pp. 15-97.



Wendorf, Fred. (1968). "Site 117: A Nubian Final Palaeolithic Graveyard near Jebel Sahaba, Sudan", en: F. Wendorf (ed.), *The Prehistory of Nubia*, vol 2. Dallas: Southern Methodist University Press, pp. 954-995.

Wendorf, Fred y Romuald Schild. (1986). *The Wadi Kubbania Skeleton: A Late Paleolithic Burial from Southern Egypt*. Dallas: Southern Methodist University Press.

Wilkinson, Toby. (1999). *Early Dynastic Egypt*. London: Routledge.